



# **Manela y Poldo**

**Juan de Pano Maynar**

**E**l invierno roraba frío y melancolía sobre el farallón de Poldo, y la vida, detenida, apresaba en su casuca monotonías de hogaril y chubasquero. Aquella tarde la lluvia, lenta y persistente, invitaba a quedarse en casa renqueando cadencias de sordidez y de distancias. Todo respondía a un sentimiento asumido de arritmia intemporal. Sin embargo, el restañar de las olas en la escollera de la caleta traía inquietud y aviso de galerna. Poldo sabía que a la mar se le estaban hinchando las narices y que antes de

---

llegar la noche bramaría amenazante y bronca. –Barlovento y luna llena, barca y jarcias con cadena–. Esa noche no saldría a mariscar, las nasas, enripadas, dormirían sujetas al noray del embarcadero y de madrugada, según se presentara la cosa, ya vería la forma de echarlas.

Calzadas las botas, con el capote y la capucha pegados a su cuerpo, tomó el fanal preparándose para ir a resguardar sus aparejos.

– *¿Vas a salir esta noche?*

Manela, su esposa, hizo la pregunta sin mirarle, desde la mesa camilla del comedor y atenta a las noticias del telediario autonómico.

– *Creo que no.*

Era sobrio Poldo; antes no fue así, pero el tiempo le hizo seco y escueto de expresiones. Manela contaba con eso, iban ya por los treintaimuchos años juntos y, sin más sitios en qué fijarse que en el mar y en su marido, había aprendido a tratar a los dos desde hacía tiempo y conocía la respuesta de antemano.

– *Llévate la linterna de pilas.*

Tampoco ahora necesitaba mirar. Tendrá apretados los labios –pensó–, cabeceará y no soltará palabra. Como siempre se hizo así, ¿por qué vamos a cambiar, con lo bien que se vivía en las cavernas?

Poldo encendió lentamente la mecha, aseguró la portezuela del fanal y, antes de salir a la borrasca, comentó: "*Prepárame un poco de embutido que quiero acostarme pronto*".

Agarrado al barandal de aliso, descendió la corva y escarpada escalinata que le llevaba a la arena. A unos pasos de la orilla dejó la luz, tiró de la maroma y arrastró su dorna hasta lograr soltarle el cabo de amura, la adentró en la playa y cuando estuvo cierto de su seguridad, la volteó. Fijadas las nasas y palangres sobre el embarcadero inició el ascenso de vuelta a casa. El viento, ahora recio y cortante, le empujaba contra la pared de roca en que él mismo había horadado los peldaños. Poldo se dio prisa y al llegar arriba, desde el portalón del porche,

---

---

miró un instante atrás mientras se descalzaba y sacudía sus ropas. –Borrasca seca y poniente, pierden pesca y pierden gente–.

Desde la estancia provenían, inconfundibles, el repiqueteo de un tenedor batiendo en plato hondo y un dulce y familiar aroma de pan tostado. Manela preparaba un rebozo de huevo, miel y limón mientras la segunda rebanada de pan casero terminaba de dorarse en la tostadora eléctrica. –Mañana podrías ir a la Cofradía a enterarte de las ofertas de viaje del INSERSO.

Claro que la oía. Perfectamente; pero Poldo deseaba no escuchar tontadas. En absoluto silencio se sentó a la mesa y abrió su petaquera de cuero para liarse unas hebras de picadura. Cuando tuvo preparado el cigarro para después de la cena, afirmó: *“Esta noche caerá toda el agua de golpe. Habrá que cerrar bien”*.

Lo mejor de Manela era que se sentía viva. Había sido guapa, inteligente, fuerte, capaz..., aunque ahora, sin recriminaciones absurdas al pasado, sólo era una mujer activa y alegre, pero eso no se lo podía arrebatar nada ni nadie.

– *Poldo, he pensado que deberíamos salir un poco. Nos irá bien ver cosas nuevas.*

– *Está todo visto, mujer.*

Poldo eludía el tema pero sabía que aquél sólo era el primer embate. –Ola tras ola, la mar aprendió a escarpar–.

Revelarse, no. Eso, lo último; que Manela siempre supo cabotar sin perder de vista la costa. Parsimoniosamente, mientras pensaba qué replicar a su marido, bañó las tostadas en el batido y las colocó sobre un plato con un lomo de lenguado encima de cada una.

– *He leído en INTERNET que el AVE sale de Madrid a las ocho de la mañana y llega a Sevilla a las diez. Recuerdo cuánto disfrutamos en nuestro viaje a Sevilla. ¡Qué dos días de carretera tan bonitos; luego, la estancia junto al Puente de Triana, la Feria, los finos, el Parque de María Luisa y de vuelta, otros dos días...!*

---

---

Eso era un golpe bajo. Algo así como recordarle que el cine ya era en color y sonoro. Poldo sin estrujarse el cerebro decidió contestar con otro chiste viejo.

– *¿Y qué hacen tan temprano en Sevilla?*

Manela rió por dentro. No por la gracia de la contestación, sino por comprobar que su Poldo todavía tenía correa. Mientras callaba, echó en el robot de cocina un puñado de almendras, eneldo, un corrusco de pan y una copita de vermut, lo puso en marcha y caviló intentando recordar el nombre de aquel hotelito de Triana en que pasaron su luna de miel, mientras añadía nata lentamente.

– *¡Bueno!* –le interrumpió Poldo–. *¿Vienen esos embutidos o tengo que ir yo a matar al cerdo?*

– *No hay embutidos que valgan* –dijo Manela bañando con la crema el pescado–. *Vas a esperarte cinco minutos de microondas porque esta noche hay un "Especial de la Casa".*

– *¿Intentas un chantaje?*

– *No. Intento recuperar al Poldo aguerrido y aventurero que se te está durmiendo.*

Cuando Poldo probó la cena supo que su batalla estaba perdida. Habría viaje, habría INSERSO, y lo que Manela quisiera. Aquello no era un plato, era un recuerdo, un regalo de cariño, un testimonio en clave de haber amado y la expresión más clara de haber guardado sus momentos felices toda una vida. Era, sobre un fondo esmeralda de berros, el mismo plato marfil y dulciamargo que cenaron, hacía treintaitantos años, en aquel primer nido de amor del hotelito trianero –¿cómo se llamaba...?– cuando fueron a Sevilla en viaje de novios.

Fuera, la mar salpicaba de espumas el acantilado, aullaba el viento y golpeaba insistente la lluvia en los ventanucos. Miraba Poldo. Sonreía y miraba ensoñado a Manela. –Cuando la mar se engalla, el mejor marino encalla–.

---